

## **Fetiches y prejuicios**

Me temo que todavía no hemos completado el tránsito del libro impreso al libro electrónico con la actitud apropiada. De hecho, no pienso que se trate exactamente de una transición, sino que deberíamos hablar de convivencia, sin más. El e-book es un complemento, una alternativa al libro en papel; por ahora, no parece que ese libro fetiche de toda la vida al que veneramos porque podemos hojear y oler vaya a desaparecer por completo. Otra cosa es que se encarezca innecesariamente (y estratégicamente: véanse los discos de vinilo), más de lo que ya sufre por culpa del dichoso IVA cultural.

Para nuestros padres y abuelos la leche calentada en el microondas nunca sabrá igual que la calentada en el cazo; personalmente, no veo la diferencia, pero entiendo que su subjetividad y su paladar respondan al mandato de sus costumbres y no de las modas o los progresos tecnológicos. El asunto del libro electrónico no es diferente. Existe una generación nacida con el móvil, el MP4 y el e-book debajo del brazo, y hemos de comprender que sus liturgias a la hora de ver vídeos, escuchar canciones y leer novelas son a la fuerza distintas a las nuestras, por mucho que las consideremos menos románticas o sensorialmente más pobres.

El futuro del e-book sigue siendo una incógnita, más allá de esta evidente división generacional. La consolidación del *smartphone* como herramienta casi única parece amenazar la identidad del soporte de lectura, que podría pasar de hardware a software, de artilugio singular a aplicación integrada en el menú del teléfono, igual que el despertador, la agenda o la linterna.

Hace ocho años, escribí un par de textos acerca de este asunto, y me he permitido rescatarlos para contrastarlos con lo comentado el día 21 en la mesa de debate del 1er Congreso de Escritores, Libros y Lectores. Vosotros diréis si hemos avanzado, retrocedido o si estamos donde estábamos.

### **Algunas e-dudas (1 de febrero de 2010)**

(...) Abordaré una serie de preocupaciones que quizá sean tan sólo producto de mi ignorancia o de mi todavía escasa información.

Doy por sentado que tarde o temprano se consolidará un soporte más o menos homologado de e-book. No hay que olvidar que el término “libro electrónico” hace referencia a un soporte reproductor (como los de DVD o Blu-Ray, Compact Disc o MP3) y no al libro propiamente dicho.

Así pues, las obras literarias han pasado a ser archivos informáticos o, en su defecto, mini discos, y es de suponer que el negocio verdadero está en la venta de los mencionados soportes reproductores, de ahí mis dudas respecto a la fabricación de un modelo único y para siempre.

Con ello, las grandes cifras del negocio editorial pueden pasar a ser propiedad de Sony, Panasonic, Toshiba, HP, Dell, Samsung o IBM (¿o tal vez los nombres ilustres de siempre, Anagrama, Planeta, Mondadori, Alfaguara, etc., se reconvertirán a la industria tecnológica?).

Por otro lado, la temida piratería empezará a cobrarse piezas librescas que sumará a sus botines musicales, cinematográficos e informáticos. Esto quiere decir que quienes más perjudicados saldrán de ello serán, una vez más, los autores (los soportes se venderán igual, aunque los llenemos con material pirateado).

Otros negocios y productos asociados tradicionalmente a la literatura (las imprentas, las estanterías, los puntos de libro, las mochilas escolares, etc.) sufrirán sin duda pérdidas críticas.

(...) O tal vez sea éste el auténtico futuro del libro convencional, el de toda la vida, el impreso: un artículo de lujo para regalar o para el coleccionismo, como ya empieza a ocurrir con los discos de vinilo.

Otra de mis inquietudes digamos que me afecta más particularmente. No pretendo que todo el mundo sea consciente de ello, pero conviene recordar que los autores pequeños que publicamos nuestros libros con tiradas modestas —por no decir ínfimas— encontramos nuestro entorno comercial más propicio en las presentaciones en público. Los ejemplares que más se venden en las librerías pertenecen a los autores consagrados y/o premiados.

Además, a nuestras presentaciones suele acudir principalmente gente conocida y allegada, con lo cual, y aunque pueda pareceros una ridiculez, uno de los mayores alicientes para ellos es llevarse su libro dedicado por el autor.

¿Cómo se “firma” en un archivo electrónico, en un libro virtual?, me pregunto. Sí, claro, para eso está el estuche, o incluso la superficie del disco, pero no es lo mismo, y aquí el inconveniente es tanto de tipo práctico como cuestión de espacio para explayarse con la dedicatoria.

Y si pensamos ahora en los grandes, en los prestigiosos y superventas... ¿Qué será de la Feria del Libro? ¿Tendremos que asistir ahora (desde casa, desde el ordenador) a la Feria del e-Libro? ¿Dónde y cómo firmarán los escritores? ¿Se habilitarán e-casetas en sus respectivas páginas web?

Una última duda: ¿Leer una novela en formato electrónico implicará tener que soportar todas las irritantes estrategias publicitarias que ya sufrimos en Internet (impertinentes ventanas flotantes, páginas que tardan un siglo en cargarse, etc.)?

Tiemblo con sólo imaginarlo.

## **Manos arriba, esto es un autor (18 de noviembre de 2010)**

Por resumir mi postura al respecto —más o menos expuesta hace unos meses en el artículo titulado *Algunas e-dudas*—, diré que reniego de esa cosa tan nuestra del afán por la confrontación. Es decir, quiero creer que la introducción de la tecnología en el ámbito literario es una manera de aumentar posibilidades y prestaciones, una forma de mejorar cuestiones eminentemente prácticas (capacidad de almacenaje, facilidad de transporte, agilidad y simplificación para trabajos de consulta o documentación, etc.), amén de una oportunidad de hacer la lectura más accesible y asequible al bolsillo del lector.

Seguirán existiendo fetichistas del libro y ciberadictos alérgicos al papel, por supuesto. Pero eso no debería desembocar en la consolidación de dos ejércitos enemigos que luchan por aniquilarse mutuamente.

Cuando salimos a comer a un buen restaurante deseamos por regla general que la comida esté elaborada al modo tradicional, que nos la sirvan en platos de cerámica o de porcelana (nunca de papel o plástico), con cubertería metálica; y el vino, claro está, en copa de cristal. Esto no es incompatible con tener en casa un microondas o una cocina de vitrocerámica, vasos de duralex y *taperguares*. Se trata de una elección personal; cada cual escoge el momento y los medios apropiados. Nada más. Bien sencillo.

Una vez alguien quiso convencerme de que no leía porque los libros eran muy caros. A semejante excusa chusquera le argumenté que existían unos lugares desde tiempos inmemoriales denominados Bibliotecas Públicas, donde se podía leer gratis. O sea, el que quiere leer, lee.

Mis inquietudes, por tanto, apuntan a otros aspectos alejados de lo romántico y lo estrictamente cultural (están reflejadas, como ya he dicho, en la entrada Algunas e-dudas).

Lo que no podemos negar, me temo, es que este tipo de cambios se producen de forma calculada. No suceden cuando son técnicamente posibles, sino cuando alguien confirma que se va a beneficiar económicamente de los mismos (tenemos un ejemplo diáfano en el sector del automóvil; hasta donde yo sé, los vehículos que se mueven por medio de energías alternativas al petróleo existen desde antes de que muriera Chanquete, pero la pela —o el petrodólar— es la pela).

Aún no tengo del todo claro quién va a ganar dinero con el e-book. Podrían ser los fabricantes de hardware y electrodomésticos (los de software supongo que no, pues imagino que el asunto funcionará igual que en el terreno de la ofimática: ¿alguien conoce a alguien que se haya comprado, con su dinero, el paquete Microsoft Office?).

Imagino que todos los elementos que componen la cadena del negocio editorial en la actualidad (autor, agente, editor, distribuidor, librero) saldrán perdiendo en mayor o menor medida, además de otros empresarios o particulares relacionados (imprentas, transportistas, etc.). Si esto es en aras de facilitar la lectura e incluso —quién sabe— de convertir la literatura en una afición más popular, pues bienvenido sea el sacrificio.

Existe igualmente la amenaza de la piratería. También aquí conviene matizar.

Yo he grabado discos en casetes vírgenes, he fotocopiado fragmentos de libros por necesidades académicas, he grabado (y todavía lo hago) películas de la televisión. No nos engañemos: piratas somos todos, o casi.

Lo que nunca defenderé es esa idea presuntamente progresista de la piratería como actitud antisistema; una postura que acostumbra a apoyarse en paupérrimos argumentos demagógicos más propios de cazurros con ínfulas que de personas realmente interesadas en la literatura o la cultura en general.

He oído demasiadas veces en los últimos años frases como “Yo no le voy a pagar el yate a Alejandro Sanz” para justificar la copia ilegal de una obra cualquiera. No os quepa duda de que quien esto afirme jamás ha comprado un

disco de Alejandro Sanz. Tampoco ha ido a sus conciertos, y con seguridad que cambiará de emisora cuando suene por la radio un tema cualquiera del cantante famoso por tener el corazón partío.

Lo que estos aguerridos piratas hacen, por tanto, es no comprar los discos de sus cantantes favoritos para evitar que se forren otros cantantes que no les gustan. Un disparate, lo sé. Es lo mismo que esas otras personas (también muchas, lo prometo) que se jactan de haber “vetado”, por ejemplo, a Javier Bardem porque es un borde con la prensa, o por lo del no a la guerra, o porque sólo da exclusivas en el extranjero. Su supuesto veto consiste en no ver películas en las que intervenga el mencionado actor. Una ridiculez. Para empezar, el que decide no ver, pongamos, *No es país para viejos*, está vetando “artísticamente” a los hermanos Coen, a los actores Josh Brolin y Tommy Lee Jones, entre otros, y a quien está jodiendo de verdad es al dueño del cine donde se proyecta la película, que vende una entrada menos. Eso por no mencionar lo más absurdo de todo: que probablemente se esté haciendo la puñeta a sí mismo al hacer prevalecer la manía personal hacia Bardem sobre sus gustos cinematográficos (si nos limitáramos a ver películas o leer libros de gente buena y ejemplar, apañados iríamos).

Seguro que la SGAE, con su denodado afán recaudatorio, tiene mucha culpa de ello, pero el caso es que parece haberse instaurado en la opinión pública una definición del concepto “autor” injustamente negativa. Miles de ciudadanos cabreados aparentan estar convencidos de que TODOS los autores nos beneficiamos de lo que gana UN SOLO autor, y por ello pretenden castigar a quienes odian pirateando las obras de quienes admiran.

Por decirlo en versión *Barrio Sésamo*: La forma de fastidiar a Alejandro Sanz es no comprar discos de Alejandro Sanz. La forma de dar por saco a Paulo Coelho es no comprar libros de Paulo Coelho.

Si no pudiera comprarme la nueva novela de Paul Auster, tal vez la piratearía, pero lo haría para no prescindir del placer de leer ese libro en concreto, y no para evitar financiarle un chalet a Jorge Bucay.

No sé si ha quedado claro.